

Chirridos de metal. Se abre la cancela. Con su pipa de cerezo entre los dientes, y un regusto de ron en la boca, aparece EL SEPULTURERO, Fosias. Colgada del hombro, lleva una barcina de pleita.

Del lado del olivar llegan ruidos de motor que arranca. Fosias, con sonrisa de vulpejo, mira alejarse el camión y el coche celular, cuyo ronroneo se pierde entre las borras del amanecer. Se oyen pjar a las alondras en las cebadas, y a los gorriones en los tejadillos.

- El Ciprés Ha sido curioso comprobar el variado modo de despedirse de la vida doce hombres que pensaron hasta hoy de semejante manera, que cantaron los mismos himnos, y que fueron condenados por haber obrado en consecuencia con su modo de pensar. Unos daban “vivas”, otros maldecían, mientras las balas penetraban por la boca... Incluso hubo quien, de rodillas, juraba estar arrepentido, desando la cruz del páter o la mano mulata del teniente, esperando en vano la clemencia... Y otros, aunque trataban de morir dignamente, se desmoronaban de miedo, reblandecidas sus rodillas como si fueran gelatina... ¡Algunos eran tan jóvenes!
- Liberata ¡Silencio! ¿Callas? Te conviene. Había que ver a “Pirulí” con un candado en el hocico. – ¿De quién son esos pasos? Si no son de nadie, es que viene la mañana.
- El Ciprés Este país está perdido, ya que no perdona los errores de su juventud, en gracia del abandono espiritual que ha tenido. ¿Y qué es un error? ¿Una moda que pasa? – Desde mi aguja he visto el horroroso espectáculo, como pudiera verse la bahía de New-York desde la estatua de la Libertad... Permítanme sonreír. Ésta mendiga sí es verdaderamente libre, puesto que vive una mala vida. – Con tender la mano haces un bien a tus semejantes, ya que les permites sentirse satisfechos. Pero sepas que una limosna de pan ha dejado de ser una limosna.
- Liberata Hoy comeré la menestra de los Reverendos Padres y dormiré al fresquito del zaguán de su convento. Buena cosa es la siesta, mala cosa las moscas. Dicen que el Abad duerme en las losas..., si es que las moscas lo dejan dormir.
- El sepulturero cuelga la barcina en un clavo, enciende la pipa y se acerca a Chío.*
- El Sepulturero ¡Chío! ¿Duermes, hijo mío?
- Chío Estoy despierto; pero soy la bolita de una cochinilla. El cabo me ha dicho: “¡Quieto! ¡No muevas una pestaña!” ¿Sabes? Hoy me he pasado de madrugador. ¡Hoy y no más, Santo Tomás! No rías, Fosia...; hablo en serio. ¡Por los huesos de mi padre!
- El Sepulturero Me he dormido, lo siento.
- Chío ¿De veras te has dormido?
- El Sepulturero Eres formidable, Chío. Veo que no hay forma de engañarte.
- Chío ¡Hum!
- El Sepulturero ¿Cuántos son hoy?
- Chío ¿Son?
- El Sepulturero Son. Porque de seguir siendo lo que eran, estaríamos de más los sepultureros. Eran vivos, son muertos. ¿Cuántos son?

Chío Es cosa que no he preguntado, ni me han dicho, ni he salido a averiguar. ¡Tenía mucho miedo, Fosias! ¿Cómo preguntar? El cabo me gritaba y yo iba arrugándome... Los soldados nunca dan explicaciones.

El Sepulturero Cuatro, ocho, doce...
La “saca” es un enigma.
Echa el pescador la red
y al final cuenta los peces.
Siempre, al término de todo,
hay alguien con una lista.

Coro ¡Cuatro, ocho, doce,
dieciséis y veinticuatro...!
¡Son los que tienen que ser!

El Sepulturero Cuatro, ocho, doce...
La “saca” es un enigma.
Los muertos son los que cuentan.
Así no hay error de cálculo.

Coro Cuatro, ocho, doce,
dieciséis y veinticuatro.
Estaban en una lista
perfectamente anotados.
Todos, sin faltar ni uno.
Todos, aunque no los veamos.

Chío ¿Qué opinas de los cabos?

El Sepulturero Sé que todos acaban por morir.

Chío El cabo preguntó por ti, y te la guarda.

El Sepulturero Con peores pulgas los he enterrado.

Chío Y rompió los cristales de la garita. ¡Míralos!

El Sepulturero No puedo irritarme, pues lo ha hecho el cabo. A este ejército lo he esperado yo con gran ilusión durante dos años. ¿Y qué buscaba en la garita?

Chío El teléfono.

El Sepulturero Querría ventosearse los frijoles del rancho. Es una hazaña que pocos han llevado a cabo a través de un hilo.

Chío Fosias, aguza el oído... ¿Dejaste de sentir los camiones?

El Sepulturero Sí

Chío ¿Qué queda, pues, de los camiones?

El Sepulturero Nada en mis oídos. Sin embargo siento el ronroneo de los motores de la luna llena. Y siento el canto de los cipreses, como un coro de maitines.

Chío Es el viento del amanecer, También se oyen algunas oropéndolas.

El Sepulturero ¿Oropéndolas? Deja esa pala u ese azadón. Vamos a escuchar a los pájaros. Tengo necesidad de fumarme cuatro pipas seguidas. Los muertos, esos muertos, deben esperar. Sí, deben esperar a que muera el que no haya muerto aún. – No me gusta que me mires como me estás mirando. ¡Bien! Has de saber que en estos casos no todos estiran la pata a la vez. Se precisa un buen estómago para rematarles con el azadón. Yo no lo haría ni con un perro. Está bien que mueran los enemigos de la patria y de la religión... ¡pero que no mueran con los ojos puestos en este pobre sepulturero!

Chío Pronto pasarán los segadores por el camino.

El Sepulturero ¿Y qué van a segar los segadores? Las mujeres sembraron en noviembre la cebada. ¿Qué siembra una mujer? ¡Bah! Este año los

segadores talarán encinas.
Chío Pronto la gente pasará por el camino.
El Sepulturero ¿Piensas que en tiempos como los que corren, y entre dos luces, son caminos estos que transite la gente? De ningún modo. Tranquilízate, Chío. Por lo pronto, dejemos correr el minutero.

Chío Dame tabaco.
El Sepulturero No.
Chío ¡Oh, Fosias...!
El Sepulturero Es beleño puro, muy fuerte para tu edad.
Chío ¿No lo es también enterrar a fusilados?
El Sepulturero Así es, Chío. Verdaderamente, puedes fumar de este tabaco. Toma, ve picándotelo, mientras damos una vuelta por estos jardines. ¿No lo son acaso? Hay árboles, arbustos y flores de toda especie. ¿Oíste hablar alguna vez de los peripatéticos?

Chío ¡Oh, Fosias..., yo, con esta pierna...
El Sepulturero ¡Qué pierna ni qué narices! Escucha. Vivía entre nuestros abuelos un sabio ateniense al que llamaban...
Se alejan por uno de los mil senderos que forman el laberinto de las sepulturas. En la ternura blanda de la madrugada trasciende el olor picante de los ramos podridos y las coronas secas. Viene de afuera un olor de cereales y coníferas. Ya cantan todos los pájaros desde todas las florestas, Reaparece la Luna con el farol encendido. Se acerca al Ciprés. Llega humillada. El Ciprés la mira desde su estrado. ¿Cuál es su estrado?

La Luna Pude volver antes, pero me temía lo que está sucediendo.
El Ciprés ¿Y qué está sucediendo?
La Luna Me miras como si miraras al fondo de un pozo. ¿Tan bajo he caído? Quisiera leer tu pensamiento. ¡Bueno, qué importa! He vuelto acá porque no era mi hora. El horror y el espanto obnubilan la razón. Estoy casi en el centro de mi arco; es decir, en mi plenitud. Sé que no es hora de cerrar los ojos. A las dos treinta de la tarde, según está dispuesto, me sepultaré detrás de aquellas lomas. Todo está regulado en el Cosmos. ¡Qué caos, si unos astros y otros fueran recíprocamente barriéndose de sus caminos! Que Sirio, ponga por caso, diera muerte al Sol a las once de la mañana. O que el Centauro flechase a Orión, y las Osas se despedazasen entre sí... ¿Y si nada en el Cosmos estuviese regulado? – Lo cierto es que, con esta fútil charlatanería, he pretendido hacerte olvidar la vergüenza de mi desertión; pero veo que no lo he conseguido.

Liberata Calla, “Pirulí”... ¿Quién anda por ahí? ¿Por qué diablos pregunto quién anda? Un bozal para ti y otro para mí. Si alguien anda por ahí, seguramente es la luna, que roza los cipreses con su manto. – ¡Qué bien me caería ahora una copa de aguardiente!

El Ciprés A pesar de mis anillos, soy un bebé. Desde el mandoble de quijada que Caín asestó a su hermano, hasta esta matanza de hoy, ¿Cuántas lunas han pasado?

La Luna Solo yo: una luna. Y los hombres y las yerbas de los prados se guadañan y vuelven a nacer. Nada ha cambiado. Son hoy lo mismo que ayer.

Coro Los hombres y las yerbas de los prados se guadañan y vuelven a nacer. Nada ha cambiado.

Son hoy lo mismo que ayer.

- El Ciprés Ese espectáculo que te ha horrorizado, yo he tenido que sufrirlo tres veces. En mí se ha hecho patente el refrán que dice: “¿No te gusta el caldo? ¡Pues toma, tres tazas!” No estoy muy seguro que sea un refrán.
- La Luna Lo trajeron los almogávares. Eran unos socarrones. Aquí, tierra de filósofos, la verdad se comprime en sentencias y las burlas apuntan hacia el que no hace bien las cosas. El campeón de los graciosos es el que finge hacerlas mal por divertir a sus conciudadanos. Los almogávares trajeron a esta tierra un humor nuevo; pero no eran de mi gusto. Al presente su pólvora ya no corre, sino vuela. Sin embargo el vino se agría en los toneles. La gente bebe ron, igual que los mulatos. Pero si hay que llorar una ausencia, lloraré a los venecianos. Amaban mejor que nadie.
- El Ciprés Nunca más que a sí mismos.
- La Luna ¿Pues qué esperabas?
- El Ciprés Cierto, cierto... ¡Bien! ¿Te has parado a pensar las ventajas que supone para alguien el que todo esto acaezca en un país como el nuestro, exótico en algún modo?
- La Luna ¿Todo esto? ¿Qué son tus tres tazas de caldo? ¡A calderadas lo he tomado en mi dilatada vida! No te imaginas lo que es para la luna teneros que sufrir. Lo que es el suplicio de mirar a la tierra desde la luna. Y escuchar los disparates que aquí se dicen. ¿Tienes noticia de que alguien ha dicho que la luna es el punto de una ¡? Aunque parezca increíble se ha dicho. ¡Y fue todo un señor borrachín quien lo dijo!
- El Ciprés No sé lo que pensar de ti, no obstante lo mucho que te amo. Hablas sin el debido concierto, de modo que más valdría cerrar la boca. Bien a las claras se ve que estás excitada. Tu enfermiza hiperestesia te ha privado esta mañana de recoger un inapreciable testimonio de la cruel estupidez humana. Para los hombres es por demás importante gritar vivas a esto o a lo otro. Ellos lo juzgan una necesidad espiritual..., ¡imbéciles! Ya el tiempo se encargará de demostrar qué irrisorias son tales chifladuras de los hombres.
- La Luna Si lo juzgan una necesidad espiritual... Pero, sí, tal vez sea una imbecilidad entregar la propia vida por algo tan liviano y pasajero como es una fumarada política.
- El Ciprés ¡Claro que es una imbecilidad! ¡Más aún, el mayor crimen que el hombre puede cometer, porque atenta contra la potestad Del que nos dio la vida!
- La Luna De acuerdo, de acuerdo...
- El Ciprés Y volviendo al punto de partida, tengo la impresión de que el más joven de los condenados, que no pasaría de los veinte años, cayó el primero, no a causa de las balas, sino del terror, que le aflojó las piernas.
- La Luna Nunca se lo perdonaré.
- El Ciprés Cuando el piquete hizo la última descarga, el joven oficial fue de un reo a otro, rematándoles con ese tiro que llaman de gracia, al cual yo no se la veo por más que quiera. ¡Pum, pum...! No sé cuántos tiros dio ni dónde. ¡El pobre estaba tan nervioso!
- La Luna Día llegará en que los hombres se avergüencen de tan espantosas puerilidades. Recuerda que don Benito decía muy serio cosas que hoy hacen reír. Y también don Adolfo, ¡Y ay del que osaba contradecirles!

El Ciprés Reír y llorar, Lunita, reír y llorar...
La Luna ¡Cuánto me tengo reído desde allá arriba antes de que los hombres dieran en la flor de molestarme!

El Ciprés Y yo... ¡cuánto me tengo llorado aquí abajo!
La Luna Lo siento...
El Ciprés Creo que eres honesta, y en secreto, debo confesarte que si no me huí contigo fue por causa de mis raíces. Tú no eres cobarde, amiga mía; solo hiciste uso de tu divina facultad locomotriz.

La Luna Gracias. Tus palabras me traen mucho consuelo. Puedo decir que los amigos no tienen patria.

El Ciprés Los amigos no tienen patria... Ni patria ni especie.
La raya de la aurora ya es muy ancha. Del más viejo ciprés del camposanto brota una pareja de picazas. Liberata tose, su perro gruñe. La Luna espabila la mecha de su farol.

La Luna ¿Quién tose? ¿Quién gruñe? Alguien vive ahí?
El Ciprés Terrible pregunta en un hostal de muertos.
La Luna ¿Alguien vive ahí?
El Ciprés La Liberata, la mendiga.
La Luna Me pareció...
El Ciprés ¿Qué lugar más seguro que un cementerio para reposar en el sueño? Liberata duerme en los nichos, sin ningún temor, cada noche. Y pide limosna por esos demos, sin ningún sonrojo, cada día.

La Luna ¿Quién gime?
El Ciprés Pudiera ser la brisa en mis ramas. O la bruma de levante, rota como un himen por el sol.

La Luna Palabras, palabras...
El Ciprés Cuando el sol aparece, Chío y Fosias, armados de palas, cerrarán contra las zanjas con el ímpetu de los cruzados. Y también mañana, después de la matanza. Y pasado. Y el otro día.

La Luna ¿Tantos hombres dejaron de tener razón?
El Ciprés En épocas como la presente, el hombre la pierde colectivamente. Los que mueren, mueren porque dejaron de tenerla. Los que matan, matan porque la perdieron. La muerte y la locura equilibran la balanza.

La Luna ¿Quién gime?
El Ciprés Extraño ejército el de los vencedores, mezcla de nativos y mercenarios. La piel del oficial era morena. Chupaba cigarrillos nerviosamente con sus dedos gordos. Es chocante que estos hombres de color se fumen hoy el tabaco manufacturado por blancas manos de mujer. El tabaco que sus abuelos, forzados por el látigo, cultivaban para los hombres blancos.

La Luna No es chocante, sino justo. El señor Lincoln fue una excelente persona.
El Ciprés Te acepto el tópico solo por hacerle la puñeta al Ku-Klux-Klan, que con sus mascaradas tanto descrédito ha acarreado a mi especie. Yo, que, aunque tal vez te sorprenda, siento un gran respeto por las formas, porque me han parecido siempre un trasunto del fondo, condeno el uso de todo disfraz, especialmente de todos aquellos que acaban en punta.

La Luna Creí que ibas a decir algo más trascendente.
El Ciprés ¿Y no me lo agradeces?
La Luna A pesar de la harina, yo rompo ahora una lanza por la farándula, que siempre supo hacer buen uso de los disfraces, aunque no todo el uso que debía.

El Ciprés Creí que ibas a decir algo más original.
La Luna ¿Y no me lo agradeces?
El Ciprés Sí. Con algo especial. Oye a Brito en un ciprés:
 El negro, al fin
 en libertad,
 ya no quiere amar
 a la negra Pancha.
 Mordió una vez
 –¡y le gustó!–
 la manzana de
 carnecita blanca.

Creo que puedes sentirte satisfecha, así como tus negros. ¿No es una paradoja que esta raza de orejas tan chiquitas sea tan sensible a los sonidos? Lógicamente, de los asnos y de los elefantes podían esperarse las mejores aptitudes para la música.

La Luna ¿Quién gime?
El Ciprés No sé qué pensar de tu oído.
La Luna Te juro que oí gemir.
El Ciprés Será tal vez Liberata.
La Luna Liberata tose; pero nadie la oyó nunca gemir.
El Ciprés Liberata tiene un perro.
La Luna Un perro que gruñe; pero que nadie lo oyó nunca gemir. ¿De qué te ríes?

El Ciprés De ese perro, de “Piruli”. ¿Puede adivinarse a qué raza pertenece?
La Luna ¡Es gracioso! Ese perro de saltimbanqui, ese perro de la legua, es un viviente cóctel de sangres de perro. Acaso en “Piruli” se simbolice la futura raza humana.

El Ciprés Yo, desde tu altura, podría dirigirme a los romanos de la Roma pretérita: ¡Romanos! ¡Oídmeme, romanos! ¡Ya no es necesario que cacéis etíopes o sudaneses para vuestras orgías circenses! ¡Roma está llena de negros! ¡Negros altos y fuertes, que, luego de matar a los leones, yacerán con vuestras mujeres!

La Luna Y el que dice Roma, dice París, Berlín o Cincinnati.
El Ciprés ¿Por qué Cincinnati?
La Luna Por nada en particular. Me vino a la lengua espontáneamente. ¿No es un hermoso nombre?

El Ciprés Lo es. ¡Viva “Piruli”!
La Luna En efecto, desde mi atalaya puedo ver perfectamente toda la tierra. Y dadas estas circunstancias, es innegable la seguridad que nos reporta el que todo esto esté sucediendo en un país de ambigua ubicación.

El Ciprés Es curioso...
La Luna ¿Qué?
El Ciprés Yo también oigo gemidos.
La Luna ¿Liberata?
El Ciprés Acaso anoche se atiborró de ciruelas.
La Luna El sol acaba de nacer. Mírale húmedo como un polluelo. Es la hora de su perfecta redondez. Habrás notado que evité nombrar a la naranja. – De un momento a otro volverán Chío y Fosias, saturados de beleño, a requerir sus palas y azadones. Les tienen prohibido presenciar las masacres; sin embargo, deben borrar los rastros. Con el páter sucede lo contrario. Y no digo del forense y del juez, porque yo no los vi. La guerra arrastra incluso a las más pías profesiones, y las enloda en

muchos casos. A las nueve, antes tal vez, los fosarios habrán terminado de enterrar los doce cuerpos. Seguidamente, con las manos ásperas y terrosas, almorzarán pan y queso con el mejor de los apetitos. Todo consiste en ser un curtido profesional. La tenia es tan pulcra dentro de un intestino como pueda serlo el salmón dentro de un río.

El Ciprés Vuelvo a sentir los gemidos. Escuchemos.
El viento y los pájaros remueven las vecinas frondas. Abajo, entre los humos grises, blanquea la pequeña ciudad. Liberata tose, el perrillo gruñe.

La Luna Aparta; me haces cosquillas con el plumoncillo de tu ápice.
 El Ciprés ¿Ah, sí? ¡Pues verás!
 La Luna ¡No! ¡No...! ¡No más! ¡No más...!
 El Ciprés Toma, plumoncillo...
El Ciprés cosquillea a la Luna en ambas ijadas y sobacos. La Luna se retuerce y cae sin fuerza, muriéndose con esa atroz manera de morir que es morir de risa.

La Luna ¡Basta! ¿Basta...!
 Liberata ¡Pirulí! ¡Vuelve! ¡Vuelve...! ¿Qué sientes, “Pirulí”? ¡Pirulí!
Se desgañita la voz borracha de Liberata, porque “Pirulí”, después de gruñir, ha salido corriendo por la brecha. Luego, desde el otro lado, nos llegan sus ladridos. Chista el Ciprés entre dos ladridos y aguza una oreja. Murmuran las frondas, ladra el perro.

El Ciprés ¡Silencio! ¿Es posible el silencio?
 Coro El Ciprés pide silencio!
Se hace un gran silencio, al que me guardaré de adjetivar “sepulcral”.

El Ciprés Son gemidos.
 Coro ¡Son gemidos!
 La Luna Eran gemidos.
 Liberata Son gemidos.
 Voz del Mastrecho ¡Mamma...
 Liberata Son gemidos. Vienen de la zanja.
 Voz del Maltrecho ¡Mamma...
 La Luna Es el muchacho que rodó hasta el fondo. Cuatro heridas lleva. Su miedo le salvó.

El Ciprés Los hay que mueren de miedo. A éste su miedo le libró de morir.
 La Luna Está tratando de alcanzar el borde del talud. Junto a su cuerpo, la creta amarilla se vuelve barro rojo.

El Ciprés Liberata, sal en su socorro.
 Coro ¡Sal en su socorro!
 Liberata Tengo miedo.
 La Luna Liberata, que duermes en los nichos, ¿qué miedo tienes?
 Liberata No a los muertos, que me dan posada. Temo a aquellos soldados. Hablan de extraña manera, no son amigos de nadie y su comida es mala. Lo que ellos condenen, ¿quién se atreve a salvarlo?

El Ciprés Mírale al menos las heridas. Si no lo haces que Dios te lo demande.
 Coro ¡Que Dios te lo demande!
 Liberata Le miraré las heridas, y no más.
 La Luna Tu perro es más compasivo que tú, Está lamiendo al herido.
 Voz del Malherido ¡Auxiliadme...
Liberata pasa la brecha y se pierde al otro lado. Ladra “Pirulí”. Gran pausa. La Luna y el Ciprés observan.

El Ciprés ¿Oíste hablar del padre Jofré?
La Luna Al otro lado de este mar nuestro, más de un hijo suyo quiso hilarme y luego ovillarme en el uso de un barrote de su celda.

El Ciprés Él lloverá bendiciones saludables sobre la cabeza de Liberata.
La Luna Ya vuelve corriendo. Nunca hasta ahora me causaron respeto unos zancajos.

El Ciprés ¿Qué buscará en su cochambroso hatillo?
La Luna La ampolla de vino. ¡Qué generoso gesto! Si el hambriento que da su pan es digno de entrar en el cielo, no es menos seguro que la borracha vaya con los bienaventurados por haber lavado con su vino las llagas de un moribundo.

El Ciprés ¡Triste hora para morir la del amanecer, cuando hasta en los cipreses cantan los pájaros! ¡Triste hora para morir, con las veinte ramas de tus años llenas de pájaros que cantan!

La Luna ¡Especie maldita! ¡Me dais horror! ¡Pronto llegaréis hasta mí, no cabe duda! ¡Si mis bocas pudieran devoraros...! Porque es seguro que, después de herir mi carne, romperéis mi paz.

El Ciprés Mira. Liberata ha sacado de la zanja al herido... Lo arrastra hacia aquí.
Coro ¡Hacia aquí! ¡Hacia aquí!
La Luna Echémosle una mano.
Coro ¡Una mano! ¡Una mano!

El Ciprés ¿Cuál mano? Alumbra y camina delante, a la brecha.
La Luna ¿Y de qué sirve mi luz?
El Ciprés No es poco que pongas claridad en una cabeza loca. ¡Adelante, Liberata!

Coro ¡Adelante!
La Luna Despacito, despacito... Así... El depósito está abierto. Dentro hay una mesa, una larga mesa... En ella los sepultureros suelen sentarse a vaciar sus fiambreras. Has de acostar al herido en esa mesa.

El Ciprés ¡Un esfuerzo más, Liberata!
Voz del Malherido ¡Mamma...
El Ciprés Hijo..., ¿quién te manda meterte en política, esa peligrosa rueda dentada sin futuro inventada para los perros viejos?

La Luna Tú y yo estamos al margen de la política, ¿no es así? Sin embargo nunca llegarás a ninguna parte si das en el prurito de congelar todos tus impulsos que te inclinen a una u otra parte. De un hombre—caldera puede esperarse algo. De un hombre—frigidaire, nada. Cuando la política conduce a la revolución, ya no son los viejos, sino los jóvenes los que pierden la sangre.

El Ciprés Los jóvenes son nuestros amigos. ¿Por qué razón han de perder su sangre?

La Luna Sencillamente, porque es lo que les sobra a los jóvenes.
Voz del Malherido ¡Yo quiero vivir...
La Luna No hay cosa más vil que los entresijos de la Historia.
El Ciprés Ya se aproximan a la tapia. Volvamos a nuestros puestos: tú, arriba con tu farol; yo, abajo con mis raíces. Y deja pasar la Historia. Al fin y al cabo tú y yo permanecemos.

*Asoma por la brecha la punta del negro refajo de Liberata.
Jadea la mendiga, gime el herido. El perro "Pirulí" se adelanta,
como un heraldo, y cruza el cementerio, volviendo de vez en cuando sobre sus pasos.*

(Continúa)